

ASO I
3 DE OCTUBRE DE 1941
N.º 25

M.R.

El Colegial



PRECIO
\$1.-

ISLA DE LOS CRUZADOS

EL TRILE (*Aegelaus thilius*)

CLASE AVES

Es una avecita muy común en la República, especialmente en las Provincias centrales, donde vive en bandadas. El macho tiene un plumaje de color negro, con una mancha de hermoso color amarillo en el codo del ala. Los lugares que habitan son los terrenos vegosos y los pajonales cubiertos de totora y otras plantas lacustres. En estos mismos parajes construye su nido sirviéndose de las hierbas apropiadas que recoge en las mismas plantas, allí coloca dos o tres huevos de color azul y con una o más manchitas pequeñas de color pardo. Sus pollos son insecosores y los alimenta solamente de insectos y otros pequeños animalitos.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . . \$ 50.—
Semestral . . 25.—

Director Propietario — E. CARO
Of. 10 de Julio 1140.

N.º 25

MI CHARLA DE HOY

Acabamos de celebrar el aniversario de uno de los episodios más emocionantes y más heroicos de nuestra historia patria. 1.900 soldados patriotas, a las órdenes de O'Higgins, resistieron durante dos días la embestida del aguerrido Ejército del general Osorio, compuesto de 5.000 soldados. Agotadas las municiones, sin agua para calmar la sed devoradora, y cuando quedaban sólo trescientos soldados en estado de caminar, pues los demás estaban muertos o gravemente heridos, O'Higgins hizo tocar llamada y cuando los trescientos valientes estuvieron reunidos los hizo montar a caballo, ordenó desenvainar sus sables y les dijo que debían seguirlo dónde él fuera. El capitán Ramón Freire quiso que el general se colocase en el centro de la tropa para que ésta lo defendiese. Pero O'Higgins le dijo:

“Capitán, es usted un valiente, y yo quiero ser como usted. A mí me toca estar donde haya mayor peligro”. O'Higgins clavó espuelas a su caballo y lanzándose por una brecha, a la cabeza de sus trescientos hombres, se abrió paso a sablazos por entre las filas del Ejército realista.

El gran caudillo y sus soldados no encontraron el triunfo en Rancagua, pero hallaron la gloria más pura que más tarde debía servir para formar el gran pedestal heroico de la Patria Nueva.

EL COLEGIAL

ASO I



La Isla de los Cruzados



RECUERDEN: Zboyan agente secreto trata de eliminar al piloto Barnes por haber sido contratado por el emperador de Jogam para adiestrar a sus pilotos. Sandy el más joven de los aviadores ayudantes de Barnes, pilota un avión que a cambio de una estampilla le ofrece Mr. Elliot, el que va a caer al mar, incendiado, librándose Sandy por un milagro. Luego Elliot desea que le venda el otro sello que ha recibido de la India y al insistir, Barnes piensa que algo raro le pasa. Después en una reunión deciden partir por orden de Rarah II a las cinco de la mañana.

CAPITULO VI

—Puede ser, contestó lacónicamente Shorty haciendo un guiño.

Mientras Bill daba vueltas con desagrado, Shorty se puso en pie y cruzó la estancia.

—Mira, Bill, le dijo, no quiero bromear. Me doy cuenta de que estás preocupado y ya sabes que, por mi parte, siempre estoy dispuesto a ayudarte.

—Ya lo sé, Shorty, contestó Bill. Lo que me pasa es que estoy nervioso. Ese asunto me ha tenido

preocupado por espacio de dos semanas, y ahora no puedo decirte mucho más de lo que ya dije ante todos.

—No lo comprendo, Bill, contestó Shorty. ¿Quién quiere apoderarse de Jogam?

—¿Sicania?

—Sí. ¿Quién fué muerto en Sicania hace pocos días? Los periódicos hablaron de un disparo casual. Cianelli, que se esforzaba en convencer a Covucci para que abandonara el asunto de Jogam.

Y cuando Shorty se disponía a hablar, Bill levantó la mano añadiendo:

—Covucci, es quien manda en Sicania y el único país más cerca de Jogam y por lo tanto ha decidido apoderarse de él. Desea aumentar los recursos de Sicania.

Shorty se puso de pie, extendió los brazos y en sus ojos había cierta expresión irónica.

—¿Qué, salimos a las cinco de la mañana? preguntó.

Bill afirmó, inclinando la cabeza y añadió:

—Quisiera decirte otra cosa. Me gustaría conocer tu opinión.

Habló a Shorty de la visita que había hecho con Sandy al propieta-

rio del pterodáctilo, aquel mismo día y le refirió detalladamente su conversación con aquel individuo, dándole igualmente cuenta de la oferta que le hizo a Sandy a cambio de aquel sello de la India.

—¿Qué te parece todo eso? acabó diciendo. Hay aquí algo que no me gusta. Tú has visto ya el sello, ¿no es verdad? Creo que Sandy te lo dió a guardar.

Shorty contempló el sello por algunos momentos y luego se encogió de hombros.

—Ese señor debe estar loco, según creo, contestó Bill, dentro de un par de días estaremos ya en Jogam. Ahora voy a dormir algunas horas. Te aconsejo también que cuides de cerrar bien las puertas.

Shorty estaba sentado en el puesto de mando del enorme transporte de ala baja B-Y-4. A su alrededor había un gran número de cuadrantes, llaves y conmutadores. En el asiento del segundo piloto se hallaba Barnes con el radiófono conectado con los enchufes de su caso. Reguló cuidadosamente las esferas circulares, tratando de ponerse en comunicación con Tony Lamport, jefe radiotelegrafista del campo Barnes en Long Island, Nueva York.

Algunos mecánicos de sucios rostros, circulaban por el enorme avión así como también en torno del Tempestad, y de los robustos aviones de caza en tanto que se calentaban sus motores.

Bill conectó el radiófono profiriendo una exclamación de cólera y desagrado.

—¡Vaya unos estáticos! exclamó. No puedo oír a Tony.

Shorty hizo una señal de afirma-

ción y le siguió bajando los escalones que conducían a la cubierta principal, donde se hallaba el Aguilucho en su hangar. Siguiendo por el pasillo de babor, fueron a situarse en la faja de cemento que había delante de los hangares de Port Said. Bill contemplaba con orgullo el enorme avión de transportes. Sus hélices, de cinco metros de longitud, resplandecían con brillo. Un mecánico puso en marcha los dos Diesels de gran compresión.

Por encima y detrás del mecánico, en el asiento del piloto, había una torrecilla circular para ametralladoras, donde se había montado un cañón de tiro rápido que disparaba granadas de una libra de peso y capaz de disparar seis proyectiles en el espacio de un minuto.

Hacia la mitad de la parte anterior se hallaba el hangar del Aguilucho, el rápido avión de Sandy. Colgado de su gancho y de una grúa, y rígidamente mantenido en su lugar por los brazos de sujeción, estaba allí colgando el diminuto avión. Más allá del hangar del Aguilucho, Miles manejaba la torrecilla plegable destinada a una ametralladora.

Más allá todavía estaba el camarote particular de Bill, dotado de baño y, además, había una habitación para un invitado. En el lado de babor, había un salón comedor y los divanes gemelos que, por la noche se convertían en literas.

En la cola se hallaba la cocina que contenía un horno eléctrico, una nevera y una litera para el viejo Charlie que, al mismo tiempo era cocinero y artillero de la ametralladora de la cola.

En la proa, y a un lado de cada uno de los motores que había en



—Soy Sandy, Bill — dijo la voz, en tanto que el aviador trataba de serenar la suya propia.

las alas, estaban montadas unas ametralladoras Browning, del calibre 50, de color azul oscuro. Debajo del asiento del piloto, en el puente, habían unas escotillas para lanzar bombas y así quedaba completo el armamento de aquella fortaleza aérea.

—Realmente es un aparato magnífico, como dice Scotty MacCloskey, dijo Bill a Shorty.

—Es realmente magnífico, confirmó Shorty sonriendo, pero creo que no te resultaría conveniente en Jogam. ¿Has estudiado el rumbo, Bill?

—Sí, contestó éste. Desde aquí seguiremos el canal de Suez y el Mar Rojo, hasta Port Sudán. Me parece mejor pasar allí la noche, pues no quiero volar sobre la colonia sicania de Mistara. Una vez que salgamos de Port Sudán podremos cortar hacia el sur oeste volando por encima del Sudán anglo-egip-

cio y seguiremos el Nilo Azul, hacia abajo, hasta llegar a la frontera occidental de Jogam. Hay cosa de 800 kilómetros desde la frontera hasta la capital, Ahmara.

—El boletín meteorológico, indica buen tiempo. Si llegamos bastante temprano a Port Sudán...

Bill se interrumpió de pronto y dió media vuelta para mirar a un hombre que atravesaba corriendo el campo, llamándole a gritos.

Al detenerse ante Bill, jadeaba y apenas podía hablar. Hizo un medio saludo, quiso hablar, sin conseguirlo y, al fin, pudo pronunciar:

—Le llaman al teléfono, señor Barnes. Asunto de vida o...

Bill no esperó más y echó a correr hacia la oficina del aeropuerto seguido por Shorty, que hacía los mayores esfuerzos, a causa de su corta estatura, para seguir a su jefe.

(Continuará)

VERGEL INFANTIL

CALCOMANIA NUMERO DOS

En un éxtasis de milagros
cuando la lluvia cesa.
De lejos el sol se asoma
con cara de niña buena.
Y el Arco Iris se forma,
sobre el cielo, cual poema,
en un trencito de colores
rojo, azul, verde, violeta
y en las plumas lejanías
tiene principio su fiesta,
como un río de colores...
una policroma trenza...

A nuestros absortos ojos
su hechizo nos desconcierta
y a su antojo milagroso
las cosas cambian de veras:
que en los azahares tan puros
hay rocío azul violeta...!
en estas rosas purpúreas
surge una áurea polvareda...!
en los jacintos fragantes
cambia el iris cada cuenta...!
y hasta el musgo que se arrastra
tiene alitas que lo enerva...!

Y a nuestras almas cansadas
que el Dolor las dejó viejas,
la lluvia al secar su llanto
y el sol al cantar su tregua
tiene todo el sortilegio
que hipnotiza a mi poema.
¡Quisiera que este Arco Iris,
dentro del pecho que sueña,
con su matiz pinturero
borrara, de mí, las penas.
sobre mi espíritu triste
también echara su fiesta,
porque, como la lluvia, el llanto
está por irse de mi puerta:
un ensueño me sonríe.
¡como un sol tras la tormenta!



De paseo, por la tarde,
murió una mariposa
y entre las rosas que duermen,
parece, en verdad, otra rosa.

Un pájaro enamorado,
en sus gorjeos, solloza.
La tarde, cambia de pronto
en negro, su traje rosa.

Juncias, lirios y violetas
preparan la ceremonia.
Y en la flor del limonero
la lluvia ensaya una copla.

De paseo por la tarde
murió una mariposa.
Cae la lluvia con pena
y el pájaro fiel solloza...

El Paladín

CAPITULO I



1. El conde Francisco de Valleombroso, gobernador de Sicilia, estaba muy pensativo en su gabinete, cuando se presentó de pronto su esposa Alienor y le dijo: —Deseo hablar un instante a solas con vos. —¿De mi sobrina Rosmunda? —Habéis adivinado, esposo mío. ¿Qué habéis decidido por fin respecto de vuestra sobrina Rosmunda?

2. No he pensado todavía en los detalles del plan, Alienor, respondió el conde en tono sombrío. —Me parece que ya es tiempo de poner en ejecución vuestro plan, replicó Alienor. Habéis disipado toda la fortuna que aporté yo al matrimonio y me parece que vuestro cargo de gobernador no os dará lo suficiente para vivir.



3. Sólo nos queda un medio para salir de la ruina en que nos hallamos, prosiguió la condesa: la fortuna de vuestra sobrina. Esa fortuna debe ser nuestra a toda costa. —No me atrevo a hacer nada contra Rosmunda, contestó el conde. Desde que reside en Sicilia, mi sobrina se ha hecho querer de todos por sus grandes virtudes.

4. Tenéis miedo hasta de vuestra sobrina, replicó la condesa con sarcasmo. Si vos no os atrevéis a hacer nada contra ella, dejadme a mí la libertad de proceder. El conde iba a responder, cuando se presentó un criado: —Señor conde, dijo inclinándose; un mensajero ha llegado y quiere hablar con vos. —Que pase, ordenó el conde.

Trovador



5. Un oficial se presentó. —¿Quién sois? le preguntó Francisco de Valleombroso. —He sido enviado por el señor de Malemor, vuestro amigo. Tres bandidos se han apoderado de él. —¡De Malemo! exclamó el conde. ¿Dónde están esos bandidos? —No lo sabemos, señor; pero están en Sicilia, refugiados en algún lugar secreto de esta ciudad.



6. ¿Sabéis cómo se llaman esos tres aventureros. Uno es el caballero Giles de Crucis, el otro es Eudio, llamado el Paladín Trovador. Ambos van acompañados de un escudero cuyo nombre es Laquenar. Al oír el nombre de Giles de Crucis y del Paladín Trovador, el conde palideció. —¿Estáis seguro de lo que decís? —Sí, señor conde.



7. El conde de Valleombroso conocía la fama de Crucis y de Eudio. Sabía que Giles había jurado libertar a Rosmunda de la tiranía de su tío que ambicionaba su fortuna. Muy preocupado el conde se puso a pasearse por la habitación. Por fin se detuvo y dijo al oficial: —Esos hombres serán buscados y condenados a muerte. Podéis iros.



8. Apenas desapareció el oficial, la condesa dijo a su esposo: —No hay duda de que esos hombres han venido para llevarse a Rosmunda. Si queréis apoderaros de la fortuna de vuestra sobrina, no hay tiempo que perder. —Está bien, dijo el conde; os doy libertad para que procedáis contra Rosmunda. Una cruel sonrisa asomó a los labios de Alienor.

(Continuará)



CAPITULO V

Gluck consigue llegar al Río de Oro.

De igual modo que a su hermano, causóle gran sorpresa el encuentro del ventisquero, y costóle gran trabajo atravesarlo, a pesar de despojarse del peso de la cesta, que hubo de abandonar.

El día aunque sin nubes, presentóse calinoso; una especie de niebla densa y rojiza cubría el horizonte y los montes presentaban un aspecto tétrico y sombrío. Al paso que trepaba Schwartz por la senda empinada y rocosa, la sed le iba atosigando, hasta que se llevó el frasco a los labios con ánimo de apagarla. Entonces vió al bello niño que yacía junto a él, sobre las rocas que le tendía suplicante las manos, pidiéndole agua por Dios.

—¡Agua! ¡En eso estoy pensando! respondióle. ¡No tengo ni la mitad de la que para mí necesito!

Y prosiguió su camino. Pero conforme avanzaba, parecía que los rayos del sol se eclipsaban, y vió que de la parte del oeste levantábase una espesa barra de negros nubarrones; y, cuando hubo trepado durante una hora más, la sed le

rindió de nuevo y tuvo necesidad de beber. Entonces vió a un anciano que yacía ante él en el camino, y le pedía por Dios un sorbo de agua.

—¡Agua! ¡En eso estoy pensando! exclamó. ¡No tengo ni la mitad de la que para mí necesito!

Y prosiguió su camino. Entonces parecióle de nuevo que la luz huía de sus ojos y levantó la vista, y vió que una niebla de color sangre había ocultado el disco del sol, y que la barra de negros nubarrones se había elevado mucho más en el cielo, y que sus bordes oscilaban, cual las olas del mar proceloso, y que proyectaba largas y ondulantísimas sombras sobre el camino que seguía.

Un indecible horror apoderóse de repente de Schwartz, sin poder precisar por qué causa; pero la sed de oro pudo más en él que el temor, y prosiguió su camino. Y cuando al fin se detuvo a la orilla del Río de Oro, sus ondas eran negras co-

mo nubes tormentosas, más la espuma que producían tenía color de fuego; y el rugir de las aguas a sus pies y el tronar de la tempestad encima de su cabeza se sumaron y confundieron en el momento preciso en que arrojó a la corriente el frasco del agua bendita.

Y tan pronto lo hubo ejecutado, cegáronle los relámpagos y la tierra cedió bajo sus pies y las aguas se juntaron por encima de su cabeza. Y los lamentos del río resonaron con terrible intensidad en el silencio de la noche al precipitarse sobre la Piedra Negra.

Cuando vió Gluck que Schwartz no regresaba tampoco, sintió gran angustia y tristeza y no supo qué hacer. Como carecía de dinero, tuvo que ir otra vez a pedir colocación a casa del orífice, quien le hacía trabajar rudamente y le daba muy escaso jornal. Así pues, transcurrido dos meses, cansóse Gluck y decidió ir también a probar fortuna en busca del Río de Oro.

—El reyecito parecía en extremo bondadoso, pensó, y no le creo capaz de convertirme a mí en piedra negra.

Fué a ver a un sacerdote, el cual le dió inmediatamente agua bendita. La puso en un frasco; y con ella, y un poco de pan, que metió en una cesta, partió muy de mañana camino de las montañas.

Si el ventisquero había ocasionado a sus hermanos grandes dificultades y fatigas, fueron veinte veces mayores las que le produjo a él, que no poseía el vigor ni la práctica de caminar por las montañas. Dió varias caídas terribles, perdió la cesta y el pan, y sintió indecible horror al escuchar los extraños

ruidos que se oían bajo el hielo. Al llegar a la orilla opuesta, descansó un rato sobre la hierba y empezó la ascensión de la montaña, precisamente en las horas más calurosas del día. Después de trepar mucho tiempo, sintió una espantosa sed, y se disponía a beber, lo mismo que sus hermanos, cuando descubrió a un anciano que descendía apoyado en un báculo, dando muestras de gran debilidad.

Hijo mío, le dijo el viejecillo, estoy desfallecido de sed, dadme un poco de agua.

Miróle entonces Gluck, y al verle extenuado y pálido, alargóle la botella, diciéndole:

—Lo único que os suplico es que no os la bebáis toda.

Pero el anciano bebió mucho y cuando le devolvió el frasco, éste sólo encerraba un tercio de su contenido. Deseóle un feliz viaje, y Gluck reanudó la marcha lleno de satisfacción. El camino se le hizo más fácil, brotó en él, aunque escasa, la yerba, y algunos saltamontes entonaron en la ladera de la montaña una canción tan alegre, como los oídos de Gluck jamás la habían escuchado.

Caminó otra hora más, y aumentó de tal modo su sed, que nuevamente deseó beber. Pero en el momento de llevarse el frasco a los labios, vió a un niño que yacía jadeante a la orilla del camino y le pedía por Dios agua. Luchó Gluck consigo mismo y resolvió, por fin, aguantar más la sed, y aproximó la botella a los labios de la pobre criatura, quien apuró todo su contenido, no dejando más que unas gotas.

El niño entonces, le contempló sonriente, levantóse y descendió ve-



—Hijo mío, le dijo el viejecillo, estoy desfallecido de sed, dadme un poco de agua.

loz la montaña; y Gluck le siguió con los ojos hasta verle del tamaño de una estrella, a causa de la distancia, después de la cual prosiguió su ascensión. Y entonces las rocas se cubrieron de flores delicadas y de musgo verde esmeralda, matizado de corolas de forma estrellada de hermoso color granate, y de elegantes y acampanilladas gencianas, de un azul más intenso que el cielo de mediodía, y de puros y transparentes lirios blancos. Y bellas mariposas de color escarlata y púrpura revoloteaban alegres; y el cielo resplandecía con tan purísima luz, que Gluck no se había sentido jamás tan dichoso.

Sin embargo, al cabo de otra hora de camino, su sed volvió a ser nuevamente intolerable; pero al examinar su botella, vió que sólo quedaban en ella cinco o seis gotas de agua y no se atrevió a beber. Y, cuando volvía a colgarse del cinto

su frasco, vió un perrillo que yacía sobre las rocas, jadeante, tal como le viera Hans el día de su ascensión. Y Gluck se detuvo a mirarle, y contempló después el Río de Oro, que no distaba ya de él arriba de unos cuatrocientos metros. Recordó entonces que el enano le había dicho que nadie que fracasase en su primera tentativa podría salir airoso en la segunda, y resolvió seguir adelante; pero el perro lanzó un aullido lastimero y Gluck se detuvo otra vez.

—¡Pobre animal! se dijo; a mi vuelta estará muerto, si ahora no le presto auxilio.

Después lo contempló atentamente, y al ver clavados en él sus ojos suplicantes y tiernos, sintiéndose enternecido, exclamó:

—¡Que se lleve el diablo al rey y a su río de oro! Y abriendo el frasco, vertió su contenido en las fauces del desdichado can.

(Continuará)

Entretenimiento, Musical

MUY SENCILLO

EL BURRO FLAUTISTA

Letra de Don TOMAS DE IRIARTE

Música de Jay.

ANDANTE

1. - Es.ta Fa.bu.li - llo,
2. - U.na flau.ta en e - llos

iano

(Unos pocos)

Sal.ga bien o mal Me ha cu.rri.do.s ho..ra Por ca.sua.li.dad Cer.ca de u.nos
Ha.llo que unza.gal Se de.jóol.vi - da..da Por ca.sua.li.dad A.cer.co.soa

(Todos)

(Unos pocos)

pre..dos Que hay en un lu.gar... Pa.sa ba.ño bo.rri..co Por ca.sua.li.dad..
ler.. la El di.cho ni.mal... Y di.gun re.s.pli..do Por ca.sua.li.dad..

(Todos)

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta

(Todos) Por casualidad.

¡Oh! dijo el Borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala

(Todos) La música asnal?

PARA TERMINAR

Sin re - glas del ar - .te Bo.rri.qui.tos hay Que una vez a.cier.tan

(Pocos)

(Todos) Por ca.sua.li..dad.

(Lento corlado cómico)

(Se quitan el sombrero)

(saludo)

(se lo ponen)

(Salen)

HISTORIA GRAFICA



177. La celebración del parlamento de Quillín, fué imitado más tarde por otros gobernadores y de ahí resultó un acercamiento notable entre los dos pueblos. Araucanos y españoles subsanaron algunas dificultades y acabaron por olvidarse de muchos y mutuos agravios.



178. Una nueva expedición de corsarios desembarcó en Chiloé y saqueó a Castro incendiándola en seguida. Su jefe pensaba establecerse en Valdivia y conquistar todo el país. Pero la falta de recursos obligó a los corsarios a retirarse, abandonando el país.



179. El virrey del Perú envió a Sarmiento para fortificar el Estrecho con el fin de impedir la pasada de los corsarios. Sarmiento fundó dos pueblos. Los colonos dejados allí sin recursos perecieron de hambre. Desde entonces uno de esos pueblos se llamó Puerto del Hambre.



180. El gobernador López pidió su relevo y entregó el gobierno a don Martín de Mujica. Este celebró un parlamento con los indios, pero allí mismo tuvo que ahorcar a tres de los principales concurrentes que tramaban un nuevo levantamiento. La paz era imposible.

DE CHILE



181. Durante un siglo Santiago no había experimentado sino de muy lejos las calamidades de la guerra, de que era centro Concepción; pero el 13 de Mayo de 1647, a las diez y media de la noche, un espantoso terremoto descargó mil calamidades sobre la pobre ciudad.



182. El terror de los habitantes que lograron salvar sus vidas era tan grande, que confesaban a gritos sus pecados. Durante varios días la gente vivió en la Plaza de Armas. Como mil personas murieron aplastadas en todo el país, bajo los escombros de las casas.



183. El obispo Villarroel fué sacado de entre los escombros y en el acto el santo prelado se dedicó a socorrer a los demás. Con su gran abnegación, prestando auxilio a los heridos y prodigando consuelos a los demás infelices, devolvió la calma a los habitantes.



184. Durante este terremoto ocurrió un hecho milagroso en la iglesia de los Padres Agustinos. Un crucifijo quedó intacto, a pesar de haberse desplomado toda la nave. Se halló con la corona de espinas corrida hacia la garganta. Desde entonces se le conoce por el nombre de Señor de Mayo.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO X

El Cano en España

El 1.º de Julio avistaron las islas de Cabo Verde. Ya no era posible continuar sin víveres. El Cano se vió precisado dirigirse a las islas en busca de víveres. Pero las islas eran también del dominio de los portugueses, y había que adoptar grandes precauciones para no caer en sus manos.

Apenas surgieron en Río Grande, perteneciente a la isla de Santiago, echaron al agua una chalupa con doce hombres, bien ensayados en el papel que iban a desempeñar.

Llegó la chalupa al muelle y sus tripulantes dijeron que pertenecían a una armada que iba para América; mas que habiendo sido dispersados por las tormentas, ellos habían vagado a la ventura por aquellos mares y se les habían mermado las provisiones por lo que acudían en demanda de ellas.

Esta disculpa les permitió aprovisionarse y tornar a la Victoria. Mas como no tuviesen moneda bastante para comprar algunos negros que les hacían falta, volvieron con tres quintales de clavos, lo que infundió

sospecha a los portugueses y fué causa de que retuvieran el bote con sus tripulantes y enviaran a la Victoria una barca para intimarle la rendición. El Cano pidió que le restituyesen a su gente.

Apenas regresó la barca al puerto, notóse en él gran actividad y pudo notarse que a toda prisa se disponían varias carabelas a dar caza a la Victoria.

El capitán comprendió el peligro que les amenazaba, e inmediatamente se hizo a la vela, huyendo con rapidez y con la pena de dejar allí 12 hombres, cuando más los necesitaba, y sin adquirir los negros que tanta falta le hacían.

Los diez y ocho hombres que tripulaban la Victoria aun siguieron navegando durante veinte días.

El Cano trabajaba como el último de sus marinos, apenas comía ni dormía y no cesaba de otear el horizonte.

—¡Tierra! ¡Tierra portuguesa!
¡El Cabo de San Vicente!, exclamó un día alborozado Juanillo que estaba de vigía.

Grande fué la emoción que sintieron los atribulados exploradores al oír aquella bendita palabra que tantos meses habían esperado. ¡Por fin llegaban!

—¡Virar, virar hacia la derecha! ordenó El Cano. ¡A Sanlúcar!

Todos los corazones se abrieron

a la esperanza; todos los decaídos tripulantes parecieron revivir. Se aproximaban a la tierra, tenían la felicidad de volver a sus hogares. Cada vez distinguían más claramente los perfiles de la costa.

Dos días después, el 6 de Septiembre de 1522, entraba la Victoria en Sanlúcar de Barrameda, a los tres años menos catorce días de haber salido de allí, y después de haber andado más de catorce mil leguas. De los sesenta y seis tripulantes que habían salido de Maluco, sólo volvían diez y ocho, flacos, enfermos y derrotados.

De rodillas, sobre cubierta daban gracias al cielo por haberlos librado de tantos peligros y por haber vuelto de nuevo a su patria, después de haber dado la vuelta al mundo siguiendo el curso del sol, trayendo las primeras noticias de nuevas rutas y nuevos países, un rico cargamento de especias, y lo que valía más que todo, la gloria y la honra que tan memorable excursión reportaba a la bandera de Castilla.

De Sanlúcar fué remolcada la Victoria a Sevilla. Cuando los exploradores se acercaron al muelle, ya se había divulgado la feliz noticia de que algunos de los que hacía tres años habían salido de allí, acababan de arribar, después de ser los primeros que dieron la vuelta completa al globo terrestre. Una compacta muchedumbre los esperaba, llenando los balcones, los muelles y las calles, agitando sus pañuelos y dando vivas a España.

—Recordáis, mi capitán, decía Juanillo, mientras subían por el Betis, el trágico momento en que dijistéis: “¡Llegaremos!” Habéis cumplido vuestra palabra.

—La cumplió Dios que me la puso en los labios. Ahora debemos cumplir nosotros como cristianos la promesa que hicimos a la Virgen de la Victoria.

Grande fué el asombro que los navegantes causaron en Sevilla, y muchas y variadas narraciones se hicieron de su excursión.

Así El Cano cumplió con lo que debía al cielo, escribió una carta al Emperador y otra a su madre. Se hallaba entonces Carlos V en Valladolid, y desde allí contestó al capitán, dándole cumplida enhorabuena y ordenándole que le fuese a visitar en compañía de otros dos; los que él juzgase más aptos y dignos.

La Casa de Contratación de Sevilla recibió también la orden de equipar y vestir dignamente a los recién llegados y harapientos exploradores. Dicha casa se hizo cargo de las mercancías que había traído la Victoria, y que eran más de quinientos veinte quintales de clavos, tres libras y media de canela, un palo de sándalo de veintiocho libras; además varias cajas, sacos y costalillos con muestras de otras ricas especias.

El Cano preparó sencilla y rápidamente su visita al Monarca. Salió para Valladolid acompañado de dos de los suyos, llevando algunos indios que habían quedado con vida, los presentes del Rey de las Molucas y la muestra de las especias que ofrecían los fantásticos países descubiertos.

También fueron con su capitán el paje y Pigafetta. Este llevaba al Emperador un ejemplar del libro que había redactado durante la excursión y que tituló: “Primer viaje alrededor del mundo”.



—¡Virar, virar hacia la derecha!, ordenó El Cano.—¡A Sanlúcar!

Llegados a la presencia del Monarca, se condujeron ante él con gran respeto y modestia, y por su indicación le hizo El Cano una sucinta historia del viaje. Carlos V le colmó de elogios por haber dado la vuelta al mundo como la da el sol y por haber sabido con tanta constancia y arrojo evitar el lazo de los portugueses. Le hizo merced de la cuarta parte de la veintena que a él le pertenecía en las especias; incluyendo en esta donación a los tripulantes que habían quedado en Cabo Verde y que ya habían sido conducidos a Lisboa, de donde fueron reclamados con imperiosa urgencia.

A El Cano se le concedió un escudo de armas con los emblemas del clavo, la canela y la nuez moscada y con un globo en la cimera que llevaba la siguiente inscripción: PRIMUS CIRCUMDEDISTI ME, aludiendo que fué el primero que

dió la vuelta al mundo. Más tarde le hizo Carlos V la merced de una pensión vitalicia de quinientos ducados al año.

Como el capitán de la Victoria podía aportar nuevos y fidedignos datos acerca de la conducta de Magallanes y de la sublevación de San Julián se le pidió un informe para esclarecer los hechos. El Cano dijo sencillamente lo que sentía y lo que había hecho, culpando al almirante de duro con todos. Las declaraciones de El Cano fueron bien recibidas.

La inaudita aventura de haber seguido al sol en su curso repercutió por toda Europa, ponderándose las grandes ventajas que a los españoles traían los países descubiertos y las riquezas que de ellos se podían obtener.

(Continuará)

PAGINA FEMENINA



Dos preciosos modelos para los hermanitos menores. Los dos se cortan en forma de kimono o sea doblando la tela. El de la nena será de un color claro bonito con pantaloncito de la misma tela y cuello y puños de organdí. La tela para el mameluco del chico será escocés o a cuadros con cinturón y adorno delantero en uno de los tonos de la tela. Se abrocha atrás.

RECETAS

Huevos con mantequilla.— (Para seis personas).

4 huevos, 11 cucharadas de leche, pan de molde, mantequilla.

Se revuelven los huevos y se les agrega un poco de leche y sal. La mantequilla se derrite y cuando está caliente se deja caer sobre los huevos revolviéndolos sin cesar hasta que se endurezcan. El pan se parte en rebanadas y una vez fritas se colocan sobre ellas los huevos revueltos. Se adornan con un poco de queso rallado.

Nueces rellenas

Se parten nueces grandes, cuidando no se despedacen. Se pone media libra de azúcar y medio vaso de agua a hervir, cuidando de secar la cacerola con un trapo húmedo, para que no se azucare antes de que suelte el pelo, se le ponen dos yemas batidas, se revuelve, se dejan que se cuezan las yemas sin que se corten. Se pone este almíbar en un mármol, se trabaja con espátula y a falta de ésta un cuchillo. Se toma un poquito de esta pasta y se hace una bolita y se pone entre dos pedazos de nueces. Se confitan como las frutillas.



RECUERDE: Damián y Paulina han sido raptados cuando pequeñitos y han sido criados por un matrimonio de pescadores. Después de diez años, los niños abandonan la cabaña, pero Martín, que sabe el secreto, envía una carta a los verdaderos padres pidiéndoles dinero y comprometiéndose a devolverle los niños.

CAPITULO XXV

Chantage infame

Don Alberto Cruz Claro se despidió cariñosamente de su esposa a quien recomendó que tuviese calma porque todo iba a salir bien, y subió al auto que él mismo conducía. Un cuarto de hora más tarde se hallaba en la oficina particular del Prefecto de Policía y ponía a éste al corriente del asunto de la extraña carta.

El funcionario policial tomó la carta, la leyó con mucha atención y dijo en seguida:

—Parece que ahora podremos caminar sobre terreno conocido. Permítame que lo felicite, don Alberto por haberme venido a ver, en vez de hacer caso de las amenazas contenidas en esta carta. Nos encontramos en presencia de uno de los dos raptos de los niños. Está claro como la luz del día.

—Eso mismo he pensado yo. ¿Qué hay que hacer?

—Tomaremos todas las medidas necesarias para pillar al individuo cuando vaya a retirar la carta al Correo Central de Concepción. Se-

rá un juego de niños para nuestros agentes.

—No cree usted que el miserable también debe haber tomado sus precauciones?

—Pierda cuidado, don Alberto; el bribón caerá en la trampa. No voy a contentarme con enviar un telegrama al Prefecto de Concepción, sino que iré yo personalmente. No hay que dejar escapar esta ocasión que se nos presenta. Dentro de media hora me dirigiré en auto a la capital del Sur.

—Muchas gracias, señor Prefecto, replicó don Alberto estrechando la mano del grave funcionario efusivamente.

Reconfortado y lleno de esperanzas con las palabras del Prefecto, don Alberto Cruz Claro se retiró y volvió a su auto que esperaba en la calle. Abrió la portezuela y ya iba a sentarse al volante, cuando sobre el asiento divisó un sobre. Lo tomó muy sorprendido, ocupó el asiento y antes de echar a andar el motor, sacó el pliego del sobre y leyó el papel. La extraña misiva decía:

“Señor Cruz: No iré a retirar su carta al Correo Central de Concepción por la sencilla razón de que acaba usted de verse con el Prefecto de Policía en su oficina particular, a pesar de mis serias advertencias. Esta lamentable actitud suya me obliga a hablarle en otro tono. Ya le he dicho que sus hijos están vivos y sólo esta noticia

vale muy bien los mil pesos que le pedí. Si usted y su señora esposa quieren saber algo más de sus hijos o si quieren volver a verlos, haga usted lo que le voy a ordenar. Coloque un sobre con *dos mil pesos* entre un montón de piedras que hay cerca de su villa, en la orilla del camino. Yo me encargaré de retirar el dinero. Pero le juro que si usted vuelve a dar aviso a la policía, nunca más volverá a ver a sus hijos. Ya ha visto usted que no se me puede engañar fácilmente. Una vez retirado el dinero le daré noticias mías y de sus hijos.— *Pedro López*".

Don Alberto se quedó estupefacto al leer la extraña misiva que por algún medio misterioso había llegado a su poder. Era indudable que ese hombre no se dejaría pescar fácilmente por la policía y era indudable, también, que cumpliría sus amenazas. Y esta idea llenó de horror a don Alberto. Al principio estuvo tentado de bajar del auto y entrar nuevamente en casa del Prefecto.

—¡No, no! murmuró. Está en juego la felicidad de mi esposa y, tal vez, la vida de nuestros pobres hijitos perdidos!

Puso en marcha el motor y el auto partió en dirección de la villa Los Lirios. Poco antes de llegar a la gran puerta de rejas, don Alberto divisó el montón de piedras acumuladas a la orilla del camino. Detuvo el auto y bajó. Miró para todas partes. El camino se extendía solitario y a ambos lados se veían los campos de cultivo. Ninguna persona sospechosa. Sólo una anciana campesina llevando un canasto al brazo avanzaba sobre el polvo del camino sombreado por las ramas de unos altos eucaliptos.

Un poco más lejos dos chiquillos arriaban una vaca lechera. Nadie más.

¿Dónde estaría acechando el misterioso Pedro López? Don Alberto no podía saberlo, pero le parecía sentir sus miradas fijas sobre él, invisible en lo desconocido. Por fin sacó su cartera, juntó varios billetes hasta enterar la suma pedida, la guardó en el mismo sobre de la carta misteriosa cuyo pliego se había guardado, y la colocó entre las piedras del montón. En seguida subió al auto y prosiguió su viaje hasta la villa.

Estaba obscureciendo cuando un hombre en motocicleta se detuvo en el camino de la villa, junto al montón de piedra. Dejó la moto a un lado y pronto encontró el sobre dejado allí por don Alberto Cruz. Rápidamente contó los billetes y se los guardó en seguida en la cartera.

—¡Está bien! murmuró el hombre.

Montó de nuevo en la motocicleta y se alejó velozmente por el camino de Peumo. Aquel hombre no era otro sino nuestro antiguo conocido Benito Martín.

Al día siguiente, don Alberto Cruz recibió otra carta por correo en la cual su misterioso corresponsal le daba las gracias por los dos mil pesos y le aseguraba que pronto le enviaría pruebas palpables de que sus hijos estaban vivos.

Y ese mismo día, también Martín llegó a Navidad, después de haberse alojado en Peumo durante la noche. Iba otra vez a la cabaña de los pescadores. Cuando golpeó la puerta, Galleguillo salió a abrir en persona. Al momento reconoció al fingido agente de la sección.

—¡Cómo está usted, amigo! Aquí voy, como les prometí, para darle



—Don Alberto sigue ahora las instrucciones de Martín y deja un sobre con dos mil pesos debajo de un montón de piedras.

noticias de los niños perdidos, explicó Martín.

La bondadosa mujer del pescador, la generosa Catalina, oyó la voz del recién llegado y dejando la cocina donde preparaba la comida, acudió presurosa.

—¡Oh, señor agente! exclamó reconociendo igualmente a Martín. ¿Nos trae usted noticias de los niños?

—A eso he venido, precisamente, señora, respondió Martín, sentándose en la silla de paja que le había ofrecido Galleguillo.

—¿Los encontró usted? ¿Dónde están? preguntó la buena mujer con profunda ansiedad.

—Sí, señora, los encontré.

—¿Pero por qué no los trajo?

—Señora, usted comprende que mi obligación es devolverlos a sus verdaderos padres...

—¡Es verdad! dijo la buena señora Catalina muy apenada. ¿Pero me gustaría volver a verlos antes

de que se fueran de nuestro lado!

—A eso precisamente he venido, señora. Yo no puedo traerlos aquí; pero ustedes pueden ir allá. Es necesario que alguien atestigüe la identidad de los niños, ¿y quiénes mejor que ustedes pueden hacer eso?

—Con todo gusto lo haremos, dijeron a un tiempo marido y mujer.

—Son ustedes muy buenos. Probablemente mañana los necesite para la identificación. Ahora mismo volveré a casa de los padres y de esta entrevista dependerá que venga a buscar a ustedes.

—Estaremos listos para acudir a su llamado, señor. Pero no podremos ir yo y mi mujer. Catalina tiene que quedarse para guardar la casa y cuidar de nuestros tres hijos.

—Bueno; eso lo arreglarán ustedes. Aunque bastará que vaya uno solo...

Martín se despidió y, como en la visita anterior, dejó disimulada-

mente un billete de cincuenta pesos. sobre la mesa.

Martín volvió a Peumo en la motocicleta. Allí descansó en casa de su mujer por espacio de una hora y luego siguió viaje a San Fernando. Llegó a la ciudad colchaguina y se metió en un hotelito. Pasó al cuartito del teléfono y después de haber cerrado cuidadosamente la portezuela, se comunicó con la villa Los Lirios.

—¡Aló! ¿Villa Los Lirios?

—Sí, señor.

—¿Está ahí don Alberto Cruz?

—Sí, señor.

—¿Y doña Inés?

—También, señor.

—Hagan el favor de decirles que se acerquen al teléfono. Asunto urgente.

—¿De parte de quién?

—Ya se lo diré a ellos.

La criada que había atendido el teléfono en la villa Los Lirios, dejó a un lado el fono y corrió en busca de sus patronos. Don Alberto y su esposa acudieron presurosos sospechando de lo que se trataba.

—¿Aló? Soy Alberto Cruz. ¿Con quién hablo?

—Con el hombre que le envió las cartas.

—¿Pedro López?

—Sí, señor.

Por el silencio que se siguió, Martín comprendió que su comunicado había producido gran efecto. Sintió una especie de cuchicheo. Don Alberto hablaba con su esposa.

—¿Me enviará Ud. las pruebas que me prometió? preguntó Alberto Cruz.

—Sí, señor. Pero... me gustaría que doña Inés pudiese oír lo que voy a decir.

—Sí, puede oír; tenemos dos fonos.

—Tanto mejor.

En efecto, doña Inés había tomado el fono suplementario que acababa de conectar y escuchaba anhelante. Martín prosiguió:

—Ante todo, prepárense a recibir una buena noticia: estoy en condiciones de poder presentar a ustedes el hombre y la mujer que criaron a los niños perdidos. ¿Qué les parece?

—Pero... ¿quién podrá atestiguar que ese hombre y esa mujer no son sino vulgares cómplices de este innoble chantage?

—Son personas honradas a carta cabal y fácilmente podrán ustedes tomar informes sobre ellos en la policía del pueblo donde viven. Además, los vecinos de ese pueblo los conocen mucho y saben toda la historia de los niños perdidos y hallados por esas buenas gentes.

—¿Está bien. ¿Cuándo nos presentará usted a esas personas? preguntó Alberto.

—Mañana mismo si ustedes quieren. Pero ante todo es necesario arreglar las condiciones de este negocio. Si ustedes quieren que las cosas terminen bien, exija que se pague la suma de cincuenta mil pesos.

—¡Cincuenta mil pesos! exclamó don Alberto indignado.

—Sí, señor. La mitad me la dará usted a la presentación del hombre y de la mujer; la otra mitad cuando se convenzan de que los niños son los mismos hijos de ustedes.

—¡Esto es un chantage infame! No consentiré...

—¡Entonces... ¡adiós! respondió Martín colgando el fono...

(Continuará)



QUIEN RAPTO

CAPITULO XXV



1. Un formidable derecho aplicado al mentón de Soames hizo vacilar a éste. Pero uno de su compinches le pasó disimuladamente un revólver por detrás. Jeff no vió nada.



2. Pero Carol había visto que el adversario de Jeff había logrado tomar el revólver y comprendió que su buen amigo estaba perdido si ella no le advertía el peligro.



3. ¡Cuidado, Jeff, Soames tiene un revólver! gritó la joven acercándose por detrás de Soames. Repuesto del terrible golpe que había recibido, Soames empuñó el arma.



4. Pero en ese mismo instante, Jeff aplicó rápidamente otro golpe a la cara del miserable, mientras Carol valientemente de un manotazo desviaba la puntería de Soames.



5. El bribón cayó derribado en tierra, sin alcanzar a disparar. En ese instante Jim, exclamó: —Ahí va el hombre que le pasó el revólver a Soames. El hombre echó a correr.



6. Pero el valiente muchachito se precipitó detrás y dando un salto formidable lo tomó de la cintura impidiéndole la fuga. —¡Suelta, chiquillo condenado! exclamó el hombre.

A HENSON?



7. Soames y su compinche, que resultó llamarse Salty, fueron amarrados y conducidos a prisión. Mientras tanto Jeff preguntó a Jim: —¿Dónde está Carol? —Iré a buscarla, dijo Jim.



8. Y mientras el niño iba en busca de Carol, Jeff Warren se acercó al sheriff para hablar con él. —Tiene usted que poner su reclamo, Warren, para tener preso a esos bribones



9. Okey, sheriff, replicó Jeff, pondré el reclamo correspondiente. Al salir de la oficina del sheriff, un individuo se le acercó y le entregó un papel escrito.



10. Me lo acaba de dar un desconocido, dijo el individuo y se fué al instante. Jeff leyó el papel que decía: "Tenemos a Carol; si no pone usted reclamo, la dejaremos libre".



11. Jeff entró nuevamente en la oficina del sheriff y le dijo: —Han raptado a Carol y me exigen la libertad de Soames y de Salty, a cambio de la libertad de Carol Henson.



12. El sheriff puso en libertad a los dos miserables; pero Jeff estaba al acecho y se dispuso a seguirlos. De este modo estaba seguro de dar con la guarida de los raptos.

(Continuará)

Los Compañeros de Viaje



Luego llegaron a una gran sala, toda de oro y plata en la que había flores rojas y azules, tan grandes como enormes girasoles, que cubrían las paredes. Pero nadie se había atrevido a coger aquellas flores, porque en realidad los tallos eran serpientes venenosas y las mismas flores las llamaradas que despedían por las bocas. El techo estaba cubierto de luciérnagas y de mureciélagos de pálidas alas azules y transparentes. Eso producía un efecto extraordinario. En el centro de la estancia veíase un trono sostenido por cuatro patas de caballo. El trono en sí era de cristal traslúcido y lechoso y los almohadones los formaban unos ratones negros, cada uno de los cuales se agarraba por el rabo a su compañero. Había un dosel hecho de telarañas de color de rosa, salpicado por unas moscas verdes que resplandecían cual si fuesen diamantes.

En el trono estaba sentado un extraño y viejo ogro. Ceñía una corona y empuñaba un cetro. Besó a la Princesa en la frente y la hizo

sentar a su lado, en aquel trono magnífico. Luego empezó a sonar la música. Unos grandes saltamontes negros tocaban el arpa y el buho golpeaba su estómago como si fuese un tambor. Era un concierto absurdo. Numerosos y diminutos elfos, cada uno de ellos adornado por una mosca de fuego en su gorro, danzaban en torno de la sala. Nadie veía al compañero de viaje, pero él, en cambio, lo veía y oía todo, situado detrás del trono. Los cortesanos, que entonces aparecieron, tenían un aspecto dignísimo y respetable, pero mirándolos atentamente se advertía en seguida su verdadera naturaleza. Eran, simplemente escobas y sus cabezas otras tantas coles. El ogro les había infundido vida gracias a sus poderes mágicos y luego vistió a cada escoba con trajes lujosísimos y llenos de bordados, pero eso no importaba, porque los cortesanos en cuestión solamente se utilizaban en las grandes ocasiones.

Una vez que se terminó la danza, la princesa comunicó al ogro que tenía otro pretendiente y le pidió consejo acerca de la primera pregunta que habría de hacerle.

—Mira, le dijo el ogro, voy a de-

cirte lo que debes hacer. Piensa en algo muy sencillo y es seguro que él no lo adivinará. Por ejemplo, piensa en uno de tus zapatos. Verás cómo no lo acierta. Luego hazlo decapitar, pero cuando vuelvas, mañana por la noche, no te olvides de traerme los ojos, pues quiero comérmelos.

La princesa le hizo una profunda reverencia y le prometió no olvidar este último encargo. El ogro abrió la montaña y la joven emprendió el vuelo de regreso a palacio. Y, como a la ida, el compañero de viaje la siguió de cerca, dándole de palos. Ella gemía de dolor ante aquella granizada y apresuró el vuelo cuanto le era posible. El compañero de viaje regresó a la posada, donde encontró a Juan profundamente dormido. Se desnudó y se acostó a su vez, porque realmente estaba fatigado.

Juan se levantó muy temprano a la mañana siguiente y su compañero le imitó; y le dijo que había tenido un sueño maravilloso acerca de la princesa y su zapato. Luego rogó a Juan, que al ser interrogado por la joven, le contestara que ella pensaba en su zapato. Ya sabemos que se enteró de ello por las palabras del ogro, pero no quería informar al joven de eso, y por tal razón se limitó a decirle que lo había soñado.

—Lo mismo da contestar eso que otra cosa, replicó Juan. Es posible que tu sueño sea verdadero, porque siempre he creído que Dios me ayudaría. Pero, de todos modos, ahora nos despediremos, porque si contesto equivocadamente, ya no nos volveremos a ver.

Diéronse un estrecho abrazo y Juan emprendió el camino a pala-

cio. La sala del trono estaba llena de gente: los jueces se habían sentado ya en sus sillones y apoyaban las cabezas en almohadones, porque tenían muchas y muy profundas cosas en qué pensar. El anciano rey se hallaba cerca de los jueces, secándose las lágrimas con un pañuelo blanco. En aquel momento entró la princesa, que saludó a todos con la mayor amabilidad, y era, si cabe, más hermosa que el día anterior. Dió la mano a Juan y lo saludó sonriente. Luego le dijo que habría de adivinar en qué cosa estaba pensando. Al mismo tiempo mirábalo dulcemente. Cuando le oyó decir que ella iba pensando en su zapato, palideció intensamente y se echó a temblar. Pero su emoción no le sirvió de nada porque el joven había contestado acertadamente.

El anciano rey se puso contentísimo. Dió una voltereta y todos aplaudieron tanto por esta causa como en señal de alegría por el éxito de Juan, que había contestado con acierto la primera pregunta.

El compañero de viaje se alegró lo indecible al enterarse del éxito del joven. Pero éste unió las manos y dió las gracias a Dios, que, sin duda, le había ayudado y seguiría ayudándole en los dos días venideros. En efecto, la segunda prueba se haría al día siguiente.

Trancurrieron la tarde y la noche como las anteriores. Cuando Juan se hubo acostado, su compañero emprendió el vuelo en seguimiento de la princesa, que volvió a la montaña. Durante el camino le dió de garrotazos aun más fuertes que la noche anterior, pues lo hizo con dos palos a la vez. Y también como antes, se había hecho invis-



— ¡Cae una granizada espantosa! — exclamó al entrar — nunca me ví en un tiempo igual.

ble, de manera que vió y oyó cuanto sucedía. La princesa había de pensar en su guante. Como se comprende Juan adivinó también aquella vez y en el palacio hubo gran júbilo por esta causa. Todos los cortesanos empezaron a dar volteretas o saltos mortales, según la habilidad de cada uno, pues deseaban imitar al Rey que, la primera vez manifestó así su alegría. Pero la princesa no se movió de su sofá y no pronunció una sola palabra. Luego todos se preocupaban acerca de la posibilidad de que Juan adivinase o no el tercer enigma. En caso afirmativo, conquistaría la mano de la princesa y heredaría el reino a la muerte del monarca. Pero, en cambio, si se equivocaba, perdería la vida, y el ogro devoraría sus hermosos ojos.

La noche anterior, Juan se acostó temprano, rezó sus oraciones y se durmió apaciblemente. Su com-

pañero de viaje sujetó las alas del cisne a su espalda, se ciñó el sable, empuñó las tres varas y salió volando hacia el palacio de la princesa.

La noche era oscura como boca de lobo. Soplaba tal huracán que incluso arrastraba las tejas de las casas, y los huesos humanos que había en el jardín de la princesa, chocaban entre sí con macabro ruido. Relampagueaban sin cesar y los truenos se enlazaban uno con otro. Se abrió la ventana del dormitorio de la princesa y ésta salió volando. Estaba pálida como una muerta, pero no le daba miedo la tempestad, aunque su blanco manto se agitaba violentamente a uno y otro lado a causa del fuerte viento. El compañero de viaje de Juan le daba de palos con las tres varas, hasta el punto de que la sangre de la princesa manaba en abundancia.

(Continuará)

PASATIEMPOS

El General, por Alej.

El Conejín, por Nanita

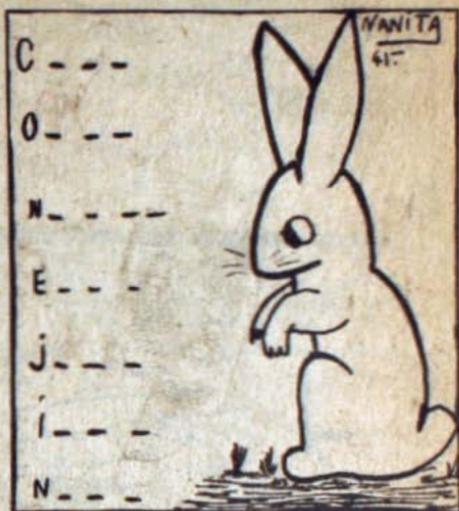


Formar con las letras el seudónimo de cuatro colaboradores de "El Colegial".

El Paracaidista, por Pond's



Colocar una letra en cada cruz y formar dos nombres masculinos.



- 1.— Nombre masculino.
- 2.— Nombre femenino
- 3.— Color.
- 4.— Río de España.
- 5.— Letra.
- 6.— Parte del ojo.
- 7.— Nombre femenino.

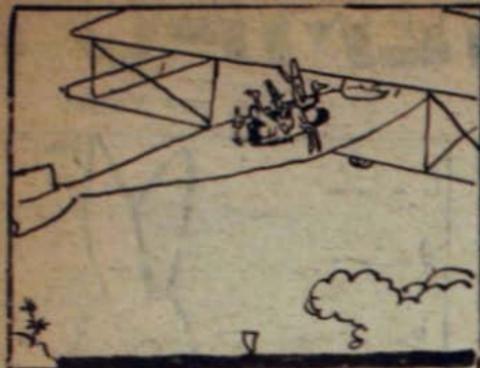


Jeroglífico, por Cheche.



Jeroglífico, por Nino

El viaje en hidroplano



1. Pepito y sus amigos muy contentos del viaje en tan suaves movimientos, sin pensar van hacia el mar, alejándose de tierra.



2. Pasan sobre un vapor de gran calado, que a don Coces le pone en cuidado, pues ve sobre cubierta gran cantidad de pájaros, alerta.



3. Y casi sin saber cómo han llegado, ven el avión rodeado por unos pajarracos feúchos. ¡Como que son terribles aguiluchos!



4. Los cuales no hacen caso de sus quejas, picando al buen Coces las orejas, con picotazos fuertes de sufrimientos y dolor atroces.



5. Chochi, al ver el estado lastimero en que se halla su amigo, asoma la cabeza y ladra mucho, sin asustar siquiera a un aguilucho.



6. Llama Chochi a Pepito a grandes voces y le dice lo que hacen con el pobre Coces, mientras éste se lamenta, llama la atención de Sorbervientos.

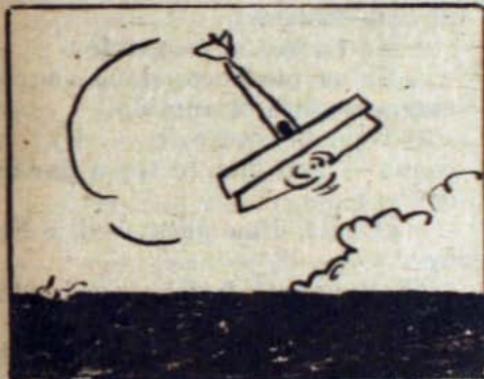
les da un susto soberano



7. Sorbevientos dispara su cocopeta, que es una carabina completa, como la célebre de Ambrosio, y luego los agulluchos riense del fuego.



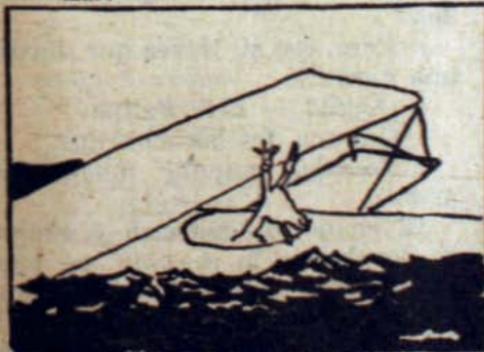
8. Soltaron a Coces, sin embargo, al sentir el disparo hecho de encargo, y a aplicar cirugía y medicina, al fondo marchándose de la cabina.



9. Y piensa Sorbevientos. ¿Aterrizo o resulta mejor rizar el rizo? Si aterrizo nos vamos a mojar, rizaré el rizo y todos van al mar.



10. El resultado fué desastroso, pues el rizado, algo defectuoso, precipitó la marcha y planeando, caen todos al mar; van avanzando.



11. Don Coces, muy vendado y atendido, asomó la cabeza decidido, y al ver la aeronave que se inunda, dice ¡nadaf!, es muy fácil que se hunda.



12. Cuando llega la noche peligrosa, que esperan todos trágica, horrorosa, encomiéndanse a Dios, bueno y clemente hasta que llegue el número siguiente...

EL VIOLIN MAGICO



Vivía en cierta comarca un señor muy pichirre, ya no le quedaban criados en su casa, porque a fin de mes, que era cuando cobraban, su amo tenía siempre una disculpa para no pagarles. Ya pasados 3 o 4 meses era que les venía a pagar, y no les daba más de lo que podían ganar en un mes.

Viendo ésto, los criados se fueron retirando y no quedó sino uno que entre sus compañeros tenía el nombre de "bobo".

Pero éste, igual a los otros, se retiró a los tres años de estar con semejante amo. Este en cambio de sus servicios le pagó tres monedas de a 5 bolívares.

Felipe, que así se llamaba el peón, que nunca había visto semejante cantidad en sus manos, se creyó ricachón y echó a caminar. Su amo lo despidió diciéndole:

—Toma, mi buen Felipe, no encontrarás un amo en tu recorrida que te dé semejante suma.

—¡Muchas gracias, buen amo!— exclamó Felipe.

Después de este pequeño diálogo Felipe se marchó, pero en medio del camino del pueblo a que se disponía ir, lo sorprendió un huracán. De improviso cesó el viento, y ante sus ojos apareció un enani-

to de barba blanca, y ya iba a retroceder cuando el enano le habló de esta manera:

—No trates de escaparte.

—Si no me haces daño con tu magia — dijo el aludido.

—Todo lo contrario — dijo el enano — más bien te voy a dar un don.

—¿Cuál?, dime pues, — dijo Felipe.

El enano sacó de debajo de la blusa un violín y le dijo:

—Toma, y a todo aquél que te haga un mal, tócale ese instrumento diabólico.

Luego el anciano enano, después de una breve pausa, siguió hablando:

—Pero, eso sí, tienes que darme una garantía.

—¿Cuál? — dijo Felipe.

—Que me des las monedas.

—Tómalas, aunque mucho las amo.

El enano desapareció y Felipe se devolvió a la casa de su amo para probar el instrumento y cuando lo vió empezó a tocar... rin, rin, ruin, rin, rin, ruin, y así hizo varios acordes.

Al oír la música el avaro comenzó a bailar desesperadamente, y sin poderse contener.

Deja diablo, ese instrumento maldito y te doy esta bolsa llena de plata — dijo.

—Bueno, dámela y dejo de tocar — dijo Felipe.

Pero el viejo se dirigió al pueblo a presentar la demanda a la autoridad, la cual envió inmediatamente varios gendarmes en busca del malvado ladrón, según decía el viejo. Los soldados no tardaron mucho en encontrarlo y le dieron la siguiente orden:

—¡Manos arriba, mal agüero!

—¡Y por qué razón? — dijo Felipe y empezó a tocar...

Los guardias empezaron a bailar y al mismo tiempo disparaban contra Felipe pero sin ningún resultado. De pronto Felipe no tocó más y se sometió a los guardias diciéndoles:

—Llévadme a la población para

ver qué clase de delito he cometido.

Cuando llegaron a la ciudad se encontraban reunidos el pueblo, las autoridades y los que habrían de servir de testigos.

Ya Felipe había sido juzgado y se iba a cumplir la sentencia en el cadalso, cuando dijo:

—Señor gobernador, ¿me puede dar permiso para tocar mi última pieza? Quiero satisfacer este deseo, pues soy músico.

—Sea — dijo el gobernador.

Felipe sacó su violín y empezó a tocar. Todos los que estaban presentes se pusieron de pie y comenzaron a bailar hasta que cayeron rendidos de cansancio.

De este modo, Felipe pudo huir, y siguió haciendo con su mágico violín, travesuras por el mundo.

F I N

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200

5 " " " 100

10 " " " 50

Cortes de género.

Cortes de casimir.

Baterías de cocina.

Medias.

Suscripciones semestral a

"EL COLEGIAL".

Pelotas de futbol.

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radios.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Calcetines.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140



ADVERTENCIA GENERAL—
Pedimos a los numerosos lectores de provincias que remiten a Santiago los cupones para el canje del próximo sorteo de Navidad, se sirvan cuidar la dirección que venga completa y el franqueo correspondiente, y a ser posible enviar sobre listo para la devolución de los respectivos boletos.

Alej.— Hermosos sus versos. Irán en "Vergel Infantil".

Rebeca Ureta.— Bueno su dibujo. Queda incorporada a la falange de colaboradores de "El Colegial".

Peña.— Daremos lo que envía.

Anuscka.— Agradecidos a su gentileza por el envío de las páginas destinadas a los niños y que muy pronto verá publicada en esta revista.

M. S. R.— Sus dibujos son regulares, pero creemos que con pa-

ciencia y un poco de ejercicio llegará a ser un buen dibujante. Gracias por sus felicitaciones.

Hada.— Agradecemos sus calorosas felicitaciones por las páginas destinadas a Historia de Chile. Su dibujo es bueno. Se dará en breve.

Desconocida.— Publicaremos sus producciones que son buenas. Agradecemos sus felicitaciones por la serial "El Tesoro Lejano" y por el éxito de "El Colegial".

Harán.— Su colaboración con fecha fija irá en el número correspondiente.

Briosen.— Buenos sus versos.

Guile.— Muy bueno el dibujo con que ilustró el cuento "Perlimplim". Gracias.

Innila.— Bonito su cuento. Trataremos de complacerla publicándolo tan pronto el espacio de la revista lo permita.

EL SECRETARIO

SOLUCIONES DE LA SECCION PASATIEMPOS N.º 21

Letras sueltas, por Briosen.—"El Tesoro Lejano".

Tarzás, por Nino.—1.—Torre; 2.—Armarío; 3.—Reno; 4.—Zapallar; 5.—Antena; 6.—Nispero.

Charada ilustrada, por Pond's.—Brigada. Jeroglífico, por Arpe.—Sombrero de copa. Jeroglíficos, por Cheche y Alej.—"Los dos huérfanitos" y "El Soldado desconocido".

SOLUCIONES DE LA SECCION PASATIEMPOS N.º 21

Se dieron premios de dibujo:
\$ 5.—a Nino por su "Tarzás"; y \$ 5.—a Briosen por Letras sueltas.

Entre los solucionistas exactos se sortearon cuatro premios, correspondiendo:

\$ 5.—a Raquel Hevia, Recoleta 701, Santiago.

\$ 5.—a Joaquín Barbosa, Peraillo.

\$ 5.—a Oscar Gajardo, San Clemente, y

\$ 5.—a Elenita Fernández, 7 Sur 810, Talca.

Los favorecidos pueden pasar por sus premios a Librería "CLARET", 10 de Julio 1140, los días Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. De provincia deben reclamarlos por carta al Director de "EL COLEGIAL", Casilla 6562, Santiago.

GRAN SORTEO QUE

"EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN

DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 14

EL PAÑIL

BUDDLEIA GLOBOSA LAM.

Familia: *Loganiaceas.*

El pañil, (paquíñ o matico), en la Argentina pañín o ballín, es un arbolito de unos 3 mt. de altura. Las hojas aovado-lanceoladas, agudas, de 10-15 cm. de largo, están cubiertas de un denso vello en la cara inferior, que en combinación con la superficie arrugada forma una excelente protección contra la pérdida de agua.

Las ramas llevan sobre largos pedúnculos 4-10 cabezuelas amarillas, del tamaño de una cereza; a veces existen brácteas lineales y estrechas. La agrupación de las flores sésiles en una cabezuela llama mejor la atención a los insectos que una flor solitaria.

Presenta el pañil un aspecto magnífico en el mes de Octubre, cuando las bolitas doradas se balancean sobre sus débiles tallos por la acción de las suaves brisas.

Las hojas son empleadas por los indígenas para teñir de café. Son consideradas como un buen remedio en la curación de las heridas. Su decocción o el polvo se utiliza en el tratamiento de úlceras. Se vende en boticas con el nombre de matico del país.

Las flores se emplean con el mismo fin, desleídas en alcohol. Esta tintura es aplicada contra las afecciones intestinales.

Abunda desde Santiago hasta Chiloé.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



HIRMONEURA BREVIROSTRATA BIGOT

Esta mosca perteneciente a la familia de los Nemestrínidos, es muy común casi en todas las provincias centrales, vuela desde Octubre hasta Febrero. Los lugares que elige son siempre las quebradas de los cerros entre los matorrales que allí abundan, siempre se le encuentra volando entre los claros de los arbustos y sólo cuando encuentra los lugares apropiados para poner sus huevos entonces se posa sobre las plantas. Su vuelo siempre es titilante, es decir, infunde a sus alas un movimiento muy rápido y así logra mantenerse como si estuviera posada en el aire.

Hasta el momento no se conoce su biología, de modo que nada podemos decir de su utilidad o perjuicio para con el hombre.



ANGELINA Y LOS MELLIZOS



1. Los mellizos Quico y Caco estaban estudiando la manera de hacer un acto de prestidigitación para deslumbrar a Angelina y sacarle a ésta un magnífico peso fuerte.



2. Cuando llegó la chica, Quico le dijo: —¿Ves mi bonete sin fondo? Si me das un peso, verás cómo saco mágicamente de mi bonete una hebra de lana de veinte metros.



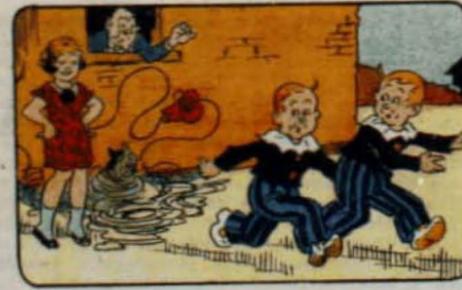
3. Angelina quiso ver aquella maravilla y colocó un peso en el otro bonete de Quico. Este alargó disimuladamente el bonete roto para que Caco pasara la hebra.



4. Pero Caco, en vez de tomar la punta de la hebra de la pelota de la lana que estaba en el suelo, pescó la punta de otra hebra que asomaba por una rotura del muro.



5. Y Quico empezó a sacar hebra y más hebra sin que ésta se terminase nunca, hasta el punto de formar un tremendo enredo que envolvió completamente hasta el perro.



6. Ambos niños, muy confundidos, no sabían qué hacer, cuando se abrió la ventana y don Pantaleón gritó: —¿Qué hacen ustedes con la hebra de mi fábrica de tejidos?